

## Reseña del libro *Mujeres y feminismos en las ruralidades*

Libro reseñado: Sabrina Logiovine y Vanina Bianqui (comp.), *Mujeres y feminismos en las ruralidades: trabajos, cuerpos y resistencias*, Red Editorial, Vicente López, 2024, 256 pp.

Ilana Reck (UNAJ)  
[ilureck@gmail.com](mailto:ilureck@gmail.com)

ORCID ID: 0009-0006-8993-3123

María Florencia Rísoli (UNAJ/UNLP)  
[flor.risoli@gmail.com](mailto:flor.risoli@gmail.com)

ORCID iD: [0009-0008-7286-8200](https://orcid.org/0009-0008-7286-8200)

Es motivo de celebración encontrar una obra del carácter de *Mujeres y feminismos en las ruralidades: trabajos, cuerpos y resistencias*, que presenta temas y resultados de investigación, que busca abonar a la constitución de un grupo de trabajo y reflexión centrado en “pensar el género en las ruralidades o las ruralidades en el género desde los feminismos” (p. 9), como lo plantean sus autoras en la Presentación Colectiva. Sabrina Logiovine y Vanina Bianqui, compiladoras de la edición, reconstruyen el camino que llevó a su concreción: desde el primer encuentro en las I Jornadas de la Asociación Argentina de Sociología Rural (AASRu) en 2022 hasta las diversas instancias de diálogo, búsqueda de convergencias y revisiones cruzadas comprometidas con una lógica colaborativa. Las compiladoras asumieron la redacción como un ejercicio político, habiendo ese proceso desde una perspectiva vinculada al placer.

Logiovine y Bianqui identifican dos ejes en torno a los cuales se constituyeron como colectivo y que organizaron la propuesta del libro. Por un lado, la construcción de una mirada plural y compleja y, por otro, la enunciación desde un punto de vista crítico. Así, desde una perspectiva situada, la obra reúne estudios de casos y reflexiones teóricas que desafían visiones reduccionistas, evidenciando el papel central de las mujeres rurales en la producción, distribución y sostenimiento de la vida.

*Mujeres y feminismos en las ruralidades* nos acerca a la dimensión de género desde la voz de mujeres investigadoras con una sensible reflexividad. Lo hacen desde la diversidad de sus propios lugares como investigadoras y, también, reconociendo la multiplicidad de experiencias de las mujeres cuyas voces traen presentes: es un libro que merecidamente lleva su nombre en plural. El libro propone un “des-centrar” en lo teórico y en la constitución de una praxis; posicionarse en el feminismo les permite enunciar los atravesamientos que acercan y distancian sus propias experiencias de las de aquellas mujeres con las que trabajan.

Verónica Trpin y Carolina Diez, en el primer capítulo, “Alimentos, tramas y cuidados desde los espacios rurales: aproximaciones teóricas desde los territorios”, analizan cómo y dónde se garantiza la reproducción social y los cuidados. Presentan un recorrido en el que recuperan espacios socialmente asignados a varones y mujeres desde la antropología social y los estudios de género en la ruralidad. Incluyen planteos de la economía feminista, la división social del trabajo y los diálogos entre feminismo y ecología. Una mención especial merece la dimensión corporal en las mujeres rurales con nociones como “cuerpos vulnerables” o “cuerpos dañados”.



Las autoras ponen el foco en la noción de cuidado para pensar los territorios, tomando como punto de partida sus propias investigaciones en Patagonia, Misiones y Florencio Varela. En este marco, evidencian la intersección de desigualdades que afectan a las mujeres en contextos rurales y periurbanos. Lejos de un enfoque reduccionista, piensan el cuidado como “sustentabilidad de la vida”. Al reflexionar sobre sus “objetos de investigación” durante la pandemia, señalan cómo se diluyeron las fronteras entre producción y reproducción visibilizando la complejidad de las estrategias de cuidados en la ruralidad en situaciones de excepcionalidad.

En el segundo capítulo, “El desafío de medir las desigualdades de género en el medio rural: adecuaciones y estrategias para el diseño de una encuesta de los usos del tiempo con foco en la agricultura familiar”, Sabrina Logiovine y Vanina Bianqui fundamentan el estudio de los usos del tiempo de trabajo para visibilizar la desigualdad de género. Señalan la especificidad del ámbito rural y los problemas de extrapolar instrumentos diseñados para zonas urbanas. La ruralidad y la agricultura familiar tienen características económicas y procesos sociales diferentes. Esto llevó a las autoras a desarrollar estudios sobre el tiempo que las mujeres rurales dedican al trabajo reproductivo y al productivo. Para ello, toman aportes de la economía feminista, ampliando la noción de economía al incluir actividades que tradicionalmente son excluidas. Resaltan los desarrollos relacionados con la división sexual del trabajo como un aporte clave para pensar los usos del tiempo y cómo la lógica distributiva obstaculiza la independencia de las mujeres. Este ordenamiento social es leído en clave de contextos de ruralidad para someter a crítica las encuestas en uso y analizar su potencialidad para recuperar la heterogeneidad de la experiencia de las mujeres rurales.

En el tercer capítulo, “El rol de la mujer en la consecución del derecho humano a la alimentación adecuada: un recorrido desde la producción agroecológica al sostenimiento de comedores comunitarios”, Noelia Vera y Yasmín Dávalos se centran en el vínculo entre mujeres, alimentación y cuidados. Lo hacen a partir de dos grupos poblacionales: productoras de hortalizas agroecológicas y referentes de comedores comunitarios. Ambos grupos tienen en común ser pobres, madres, migrantes, y jugar un rol fundamental en el acceso a la alimentación. Simultáneamente, sus condiciones de vida y situación nutricional están tan invisibilizadas como el trabajo de cuidado y sostén que realizan. El capítulo evidencia las desigualdades de género en el acceso a recursos productivos y en la distribución del trabajo de cuidado. Resulta una aproximación sumamente relevante dado que está centrada en la perspectiva de la Investigación Acción Participativa, que propone comprender y transformar la realidad. Vera y Dávalos llaman a legislar para una distribución más igualitaria de las tareas de cuidado al interior de las familias rurales involucrando, también, al Estado y a la comunidad.

En el cuarto capítulo, “Acciones Feministas, Campesinas y Populares durante el Covid-19: La Política Organizada desde los Territorios en Santiago del Estero”, Mariela Pena llama la atención sobre la escasez de estudios sobre el papel de las mujeres en contextos de conflicto ambiental. La emergencia sanitaria por la pandemia impactó en las percepciones sobre el modelo socioeconómico y su fragilidad. En ese marco, la autora recupera la pregunta sobre el rol de las resistencias organizadas desde los territorios rura-

les, marcado por el protagonismo de mujeres. Repone la participación política de mujeres campesino-indígenas y la historicidad de sus luchas en articulación con las consignas feministas. Desde una perspectiva etnográfica, Pena sostiene que en el contexto de pandemia este sector de mujeres fortaleció su estrategia comunicacional y alianzas, convirtiéndose en voceras de alternativas ecológicas críticas frente al imaginario de agotamiento del modelo neoliberal. Su rol como proveedoras de alimentos saludables, cuidadoras y defensoras de la biodiversidad pone en valor ideales de justicia desde prácticas cotidianas, al tiempo que articula diferentes escalas. Caracteriza al feminismo campesino y popular de Argentina como un espacio múltiple, dinámico y poroso, y propone considerarlo como punto de partida para ensayar y proponer alternativas, revalorizando el rol político de las mujeres rurales.

En el quinto capítulo, “Se nos encima todo”: jornadas y resistencias de las mujeres tareas en Misiones”, Alejandra Santiago, Julia Lombardi Mayan y Macarena Mercado Mott indagan en las formas que asume, para estas mujeres, una triple jornada de trabajo en la que las tareas productivas, reproductivas y político-sindicales se solapan; los tiempos se entrecruzan y resulta difícil delimitar con precisión, tanto espacial como temporal, las diversas tareas. “El yerbal es un espacio de cosecha, pero también de cuidado y de militancia” (p. 163), afirman las autoras a partir de testimonios de mujeres del Sindicato Único de Obreros Rurales, revelando así la complejidad de sus experiencias. El estudio, inscripto en la economía feminista, pone en el centro el concepto de “trabajo de cuidado”, articulándolo con un enfoque interseccional. Uno de los aportes más significativos es la reflexión sobre el cuerpo como territorio de violencia y resistencia. Las autoras recuperan aspectos fundamentales que emergen de los testimonios de las trabajadoras, como los efectos de las violencias múltiples, embarazos tempranos, y jornadas extenuantes sobre sus cuerpos.

En el capítulo sexto, “Participación política de mujeres en organizaciones rurales: el caso de las Mujeres Federadas Argentinas”, María Mauro realiza una breve genealogía de la Federación Agraria Argentina (MFA) para, desde una perspectiva biográfica, reconstruir la trayectoria de su primera coordinadora, Norma Susana Olego, destacando su rol como líder y representante de las demandas de otras mujeres que, por diversas razones, no pudieron hacerlo de manera directa. Las fronteras entre lo público y lo privado, en una historia de vida, al igual que en la ruralidad, se vuelven difusas. La autora hilvana los sucesos personales y familiares de Olego con los cambios políticos y económicos que marcaron su trayectoria, visibilizando el proceso de toma de conciencia y activismo que impulsó la creación y consolidación de la MFA.

En el capítulo séptimo, titulado “El trabajo de las mujeres como garantía del bienestar rural: actividad tambera y desigualdad en la cuenca de Abasto sur bonaerense desde los años sesenta”, Alejandra Arce analiza la actividad lechera a partir de los testimonios de sus protagonistas. Desde una perspectiva de género y mediante la historia oral, reconstruye el aporte de las mujeres a la economía tambera familiar y su rol en la reproducción social y el sostenimiento de la vida. A pesar de su rol central, las mujeres quedan excluidas del acceso a derechos sociales y económicos, al no figurar como titulares de los establecimientos. Su trabajo productivo no es reconocido ni por el Estado ni por ellas

mismas. La autora reconstruye una jornada típica, destacando la división sexual del trabajo en el establecimiento y en el hogar. Al considerar las tareas de cuidado, se dimensiona la sobrecarga laboral de las tamberas. Lejos de reducir la carga, los avances tecnológicos intensificaron el trabajo en la unidad familiar, afectando particularmente a las mujeres.

Laura Lorena Leguizamón, en el octavo capítulo, analiza la evolución de las políticas públicas rurales en el NOA desde mediados del siglo XX, centrándose en aquellas que incorporan la perspectiva de género. En “La Política Pública Rural y la Perspectiva de Género en el Noroeste de Argentina” examina, a partir de documentos, informes y entrevistas, cómo estas políticas han influido en la configuración del rol de las mujeres rurales, reconociéndolas como sujetas de derecho y actoras clave en la producción agropecuaria y la sostenibilidad comunitaria. Cuestiona cómo pasaron de ser concebidas como parte de la unidad familiar, a ser representadas como dependientes pobres, aunque potencialmente activas, dentro de marcos que reproducen una mirada liberal. Se pregunta cómo estas representaciones han reconfigurado el lugar de las mujeres rurales y cómo, frente al avance neoliberal, se refuerzan estrategias organizativas.

Hoy, mientras se asocia a las mujeres con categorías como empoderamiento y cuidados, el sujeto agrario sigue siendo mayoritariamente masculino y las políticas priorizan la lógica de mercado. La autora identifica tensiones y contradicciones estructurales que, lejos de revertir desigualdades, las perpetúan.

En la obra prevalece una dimensión epistemológica marcada por el interés en generar conocimiento de calidad desde marcos teóricos y aproximaciones metodológicas coherentes con el pensamiento decolonial feminista. Se subraya una mirada interseccional, revalorizadora de contextos y territorios tendiente a desesencializar los feminismos en las ruralidades y a reconocerlos en su complejidad. Destacamos también cómo las autoras recuperan la relación entre cuerpo, trabajo y violencia como un emergente de los trabajos de campo realizados.

Una dimensión transversal, presente en los distintos capítulos, corresponde a las condiciones laborales y la invisibilización del trabajo femenino. En este sentido, las autoras dan cuenta de las particularidades que asume -en cada caso- la desigualdad de género en la ruralidad. Esto se ve reflejado en el énfasis en analizar las difusas fronteras entre lo productivo y lo reproductivo. La tradicional división entre el ámbito público y privado se diluye al conjugar producción, alimentación, cuidado y militancia, evidenciando el rol clave que desempeñan las mujeres en la reproducción social de sus familias y comunidades. Como sostiene de Moraes Silva en el Prólogo: “la desconstrucción de la división de los espacios productivo y reproductivo constituye el eje principal del libro, al cuestionar la economía política que niega el trabajo femenino y al mismo tiempo crea las bases para una economía política feminista decolonial” (p. 7). Las múltiples estrategias de resistencia retratadas conducen a una revalorización de lo político fundamentada en la participación de estas mujeres en espacios colectivos: algunos más institucionalizados, otros con escasa o nula institucionalización, pero entendidos todos, en términos de Moraes Silva y Scott, como “formas cotidianas de resistencia”.